

Callejeros, entre la asistencia y el estigma

*Ricardo Fletes Corona**

LA ÚLTIMA DÉCADA del siglo veinte pasará a la posteridad como una de las que mayor atención dedicó la humanidad a la infancia, en particular a la más desprotegida. Paradójicamente, ha mostrado que diez años son insuficientes para atender la enorme cantidad de necesidades de este sector de la población. Dichas necesidades rebasan lo material y afectivo de los asistidos, demandan la generación de conocimiento sobre las acciones de atención a la infancia en general y a los niños y niñas de la calle en particular. En este trabajo intentaré mostrar cómo los llamados niñas y niños callejeros se ven cercados por acciones que van de lo asistencial a lo estigmatizante.

El esfuerzo de los organismos internacionales, encabezados por Unicef (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia) en prácticamente todo el mundo, así como las acciones y programas impulsados por el gobierno federal, estatal y municipales en nuestro país, es realizado cotidianamente por profesionistas y voluntarios a través de Organismos Gubernamentales (OG) y No Gubernamentales (ONG), e involucra millares de hombres y mujeres que dedican su vida a la infancia.

La cuestión que orienta esta reflexión intenta dilucidar ¿qué nos dicen las prácticas de atención sobre las concepciones, conceptos y preconceptos; en suma, la visión que subyace al encarar a estos niños vistas desde sus principales agentes? En ese sentido, habrá que indagar cómo ven las acciones de asistencia quienes las reciben y las otorgan directamente.

Al conocer lo que piensan los niños de la calle de las acciones, de los agentes institucionales que los atienden, percibiremos mejor su punto de vista y con ello los alcances y limitaciones de los acercamientos institucionales. También está la idea de que otra forma de mirar a los niños

* Investigador, El Colegio de Jalisco.

callejeros —y toda la serie de complejos fenómenos sociales, culturales, etcétera, asociados a ellos— consiste en tratar de que los investigadores sociales incorporem la perspectiva de ellos, desde el cruce, a nuestro conocimiento y el de la sociedad. Se trata, en parte, de tener distintas ópticas de un mismo fenómeno (de diversos agentes en la calle), con un acercamiento metodológico que toma en cuenta al sujeto, así como de una actitud estratégica para generar más y mejor conocimiento, pues ya no podemos seguirlos concibiendo como sujetos que esperan ayuda de manera pasiva; antes bien, son seres humanos que participan de manera activa en los programas que los atienden, eligen asistir a uno u otro teniendo en cuenta ventajas y desventajas, valoran los beneficios que obtendrán y toman decisiones al respecto; en suma, no son ni ingenuos ni acrílicos.

Quien desee conocer, comprender y aprehender en su complejidad la cuestión de los niños callejeros, deberá tener contacto directo con ellos, los adultos que los acompañan, los tíos, los “mairos”¹ y las instituciones tan disímolas que los atienden; es decir, abrir el panorama del conocimiento desde los distintos agentes.

La generalidad de las acciones gubernamentales en México, dirigidas a estos niños, están orientadas por un programa nacional con objetivos y metas predeterminados, diseñados por el DIF,² aunque con un margen de acción autónoma en los DIF estatales y municipales. Los ONG muestran una mayor diversidad de enfoques y metodologías de trabajo con esa población. La relación entre OG y ONG siempre ha sido problemática, el programa *De la calle a la vida*³ no parece estar mudando en mucho la situación de niños y niñas, las acciones concretas llegaron a algunos estados a finales de 2002. Parecen perdurar en nuestro país, a pesar de la tan mencionada alternancia política, las formas de imposición vertical en las acciones de asistencia social, incluso a sabiendas de que el mismo fenómeno

¹ En la cultura de la calle de la ciudad de Guadalajara, Jalisco, México, son conocidos como “mairos”, educadores de calle o promotores infantiles comunitarios.

² Desarrollo Integral de la Familia; organismo público descentralizado, encargado de llevar adelante programas de asistencia social en el país.

³ Elaborado por una conjunto de ONG y presentado a la administración federal, ha sido lanzado en conjunto con el DIF, pero ha causado divergencias, encontrado dificultades operativas y desfase en la entrega de recursos y presentación de proyectos específicos para aplicarlos. Su publicidad parece mayor que la efectividad de las acciones; mejor sería menos ruido y que más nueces llegaran efectivamente a los niños y niñas de la calle.

presenta variaciones en las diversas regiones de México. Lo anterior deja de lado la visión “cercana” y desde “abajo”, desde la cual es posible palpar mejor cómo funcionan las acciones concretas que tienden a la solución de las diversas problemáticas.

La visión de quienes reciben y otorgan dicha atención, lo que piensan y sienten, sus percepciones, no parece ser tomada en cuenta por organismos gubernamentales (OG); los organismos no gubernamentales (ONG) intentan incorporarla pero se enfrentan a la escasez de recursos. La observación y testimonios de estas personas, desde un punto de vista práctico, pueden contribuir de manera importante a programar y reorientar las actividades concretas de la instituciones y organismos que los atienden, a efecto de lograr un mayor impacto en esa población.

Es imperioso deslindarse de la ingenuidad y el paternalismo, así como de la visión bondadosa y altruista, para asumir una postura más realista. No podemos seguirnos engañando en las acciones hacia la población que no se ve beneficiada del desarrollo social, pero sobre todo los menores callejeros, sus familias, sus lugares de asentamiento: se han obtenido resultados pobres.⁴ Si aceptamos la afirmación anterior, estaremos en posición de realizar transformaciones y pasar del papel a los hechos los derechos de los callejeros que deambulan por las calles del país.

Retomaré algunos testimonios que he recogido personalmente, o bien de diversos estudios, la mayoría producto, por una parte, de investigación directa y participante;⁵ por la otra, he encontrado ricos testimonios en las escasas publicaciones que toman la opinión de los menores. Estoy consciente de que la presentación neutral de los discursos testimoniales que incluyo a lo largo del trabajo implican, de hecho, una precodificación en la presentación de los datos (Marcus y Cushman, 1992:188).

⁴ Cfr. Evaluación del Plan Nacional de Acción en Favor de la Infancia, 1990-2000, México. En especial las páginas 125 a 129.

⁵ Mi formación como antropólogo me hace ver como “natural” esta forma de investigación; tal vez para investigadores de otros campos no lo sea tanto. Sugiero como una introducción al trabajo etnográfico a Hammersley y Atkinson (1994). Una lectura básica para la relación objetividad-subjetividad, son los nueve capítulos del libro 1 de Bourdieu (1991, 47-237).



El contexto general de la asistencia a la infancia

La asistencia social a la infancia no es una dádiva, ni un obsequio, ni un favor del Estado a ese sector marginado de la sociedad. Es el cumplimiento del mandato Constitucional en la materia, tanto a nivel federal como estatal, a los que deben sumarse los compromisos asumidos por México en convenios internacionales, tales como los Acuerdos de la Convención sobre los Derechos del Niño y el Plan de Acción de la Cumbre Mundial en Favor de la Infancia⁶ que, al ser sancionados por el H. Senado de la República,⁷ adquieren un carácter obligatorio que será sancionado por la comunidad internacional. Uno de los objetivos de estos acuerdos fue la atención de menores *en circunstancias especialmente difíciles*, entre los que encontramos once tipos: menores trabajadores; menores de y en la calle; menores maltratados y víctimas de abuso; farmacodependientes; institucionalizados; infractores; discapacitados; hijos de trabajadores migrantes; menores indígenas; repatriados y, finalmente, menores refugiados.

⁶ Mismo que en mayo de 2002, en la sede de las Naciones Unidas, se renovó para la primera década del presente siglo con el nombre de “Un mundo apropiado para los niños”.

⁷ Publicado en el *Diario Oficial* el 25 de enero de 1991. Ratificado sin carta de excepción.

Los organismos internacionales que se dedican a la atención de la infancia abandonada, sostienen que las diversas crisis económicas mundiales tienen efectos nocivos para la parte más vulnerable de la sociedad, los niños (Unicef, 1997, 1988, 2000 y 2001; Jolly y Corina, 1984). Además, algunos estudiosos de las políticas gubernamentales que tienen que ver con aquellos organismos, afirman que en realidad no se conoce con precisión el impacto social de la crisis, por lo que es básico estudiarlo desde un enfoque micro (Ornelas, 1995; Pozos, 1995; Sonntag, 1994).

Algunos más hablan del dismantelamiento de los sistemas de asistencia y seguridad social tanto en el plano nacional como internacional (UNRISD, 1995; Valencia, 1996), lo que implica una limitación de las acciones estatales que le corresponde asumir al Estado mexicano, con las concomitantes consecuencias negativas de dicho retraimiento. Sin embargo, ha sido la sociedad civil, a través de los ONG, la que ha venido a tomar los espacios dejados por aquél. Esto explica, por lo menos en parte, el surgimiento de estos organismos, que se puede calificar de explosivo, en el campo de la asistencia social en las última década.

Una de las respuestas que han dado los sectores marginados de nuestra sociedad ante las crisis recurrentes, ha sido salir a la calle y buscar en ese espacio la forma de obtener recursos para su subsistencia, para su reproducción social. De esta forma, como ya lo he dicho en otro lugar, la calle, entendida comúnmente como el camino para andar entre las casas, en una población o, aquella parte descubierta fuera de cualquier edificio o local, o sea, como espacio de tránsito, ha pasado a ser el *locus* donde se juega, se vende, se compra, se intercambia, se come, se pelea, se descansa, se duerme, donde crecen y se desarrollan; es decir, donde viven los que se han llegado a identificar como niños callejeros (Fletes, 1995:1).

Más específicamente, es el cruce de dos calles, el crucero, el que se transforma en el hábitat que troquela la vida inicial y futura de estos seres humanos. Entiendo el crucero como el espacio de intersección de dos calles, o una calle y una avenida, o dos avenidas, en el cual algunas personas llevan a cabo actividades de intercambio, interactúan entre sí y con quienes mercan productos o servicios. De ser un espacio físico de tránsito vehicular y humano, más o menos delimitado, pasa a ser un espacio de interacción social intensa que, por otra parte, no se explica en sí mismo. La compra y el acarreo de mercancía, la organización de la vendimia o el servicio a pres-

tar, la procedencia de las personas, etcétera, si bien se dan fuera de este espacio, llegan a influir en su dinámica. El cruce es pues el sitio donde se llevan a cabo actividades de intercambio caracterizadas por las de tipo económico que dan lugar a una rica —aún insuficientemente descrita y menos analizada— interacción humana.

El “uso” de las calles (de espacios de tránsito públicos y abiertos) ha sido una constante a lo largo de la historia (cfr. De Mause, 1982) y en cada época muestra características diferentes. Hoy adquiere —el uso— rasgos particulares y dignos de estudio, tanto por las implicaciones que tiene este cambio de uso, como por el hecho de que todo grupo humano es pertinente para su análisis, pero tal vez sea más adecuado decir que hay nuevos sujetos usando de manera particular un espacio.⁸

Por otro lado, es un error considerar que el de los callejeros es un fenómeno exclusivo de las grandes urbes. En las llamadas ciudades medias, con poblaciones de 60, 70 y 250 mil habitantes, es común ver niños con características de callejero, además, por supuesto, de aquellos que se dedican a labores del campo. Así, existen grupos de menores que han tomado las calles como espacio de sobrevivencia. Es preciso señalar que de entre los sujetos que usan la calle, los niños callejeros son sólo una parte del conjunto de personas que pasan la mayor parte del día en ella. Estamos ante la presencia de un fenómeno de sedentarización en las calles ciudadinas o de ocupación de los espacios intersticiales de la ciudad.

Lo que opina Freire para la infancia brasileña, se puede referir a los menores de toda América Latina:

[...] son pocas sus perspectivas para desarrollarse y conquistar un futuro mejor; estas criaturas representan, entonces, un enorme desperdicio de potencial humano, tanto para sí mismas como para la sociedad brasileña [Unicef, 1987:9].

Como problema socioantropológico, estamos ante un fenómeno que expresa actitudes, percepciones y valoraciones entre los diversos actores sociales, mismas que no están exentas de franco rechazo. Como bien lo captó un educador de calle:

⁸ Lo que a su vez nos puede aportar elementos para realizar un análisis —que no haré aquí— del cambio social (cfr. Nisbet y otros, 1979).

Para algunos sectores de los poderes públicos, los niños de la calle representan una amenaza que es necesario sacar físicamente de la calle y ponerlos en prisión o en internados [Atilano, 1995:91].

De igual forma, para algunas personas los callejeros afean la ciudad, razón suficiente para aplicar una política de asepsia sin más argumentos. Más allá de juicios valorativos simplistas y visiones restringidas de esta problemática, aquéllos deben ser abordados en todas sus implicaciones, con toda seriedad, con mayores argumentos fundados en una sólida base de conocimiento.

Respecto de las cifras que se manejan sobre callejeros en la zona metropolitana de Guadalajara, parece no haber acuerdo alguno, pues oscilan entre mil 65 para 1992 (Miramontes, 1995:99), pasando por mil 593 para 1995 (“Menores de [...] 1995), hasta la vaguedad de 20 mil e, incluso, 23 mil (*El informador*, 1995). La diferencia de 18 mil 544 seres humanos que inmediatamente salta a la vista, nos debería llevar a una reflexión profunda acerca de los criterios de conteo que se siguen en cada caso; en términos de precisión, implica resolver problemas técnicos y metodológicos. Pero en este momento, la carencia de datos precisos es en sí misma un dato significativo.⁹

Otra dificultad consiste en la visión parcial que se tiene; es decir, cuando se planean acciones en las calles se suele omitir a los adultos, como si los niños estuvieran solos en los cruceros. En otros casos, a los menores indígenas no se les registra, pues —se argumenta— su atención corresponde a otra instancia.

La población que vive en las calles, como estrategia de sobrevivencia, como expresión de una forma de organización social al interior de la sociedad —en contra de ella, como producto de o a pesar de ella—, en tanto que expresión cultural, marginal, etcétera, resulta sugerente como problema académico y apremiante como problema social.

Sostengo que es la totalidad de personas que ocupan tales espacios, las que generan un ambiente y una interacción particular, que es necesario

⁹ Los resultados de los conteos realizados en la ciudad de México, por el DDF, y el estudio de cien ciudades, realizado por el DIF, ambos con apoyo de Unicef, han sido controversiales; quienes han participado directamente en ellos apuntan fallas metodológicas, pero sobre todo dificultades prácticas que no han sido superadas.

tener en cuenta al momento de su registro, contacto, análisis y, sobre todo, cuando se llevan a cabo acciones de atención, pues menores y adultos conforman la totalidad de la problemática.¹⁰ Verlos de manera aislada es fragmentar de manera artificial la realidad que comparten. En este orden de ideas, creo que los análisis realizados sobre un fragmento de la realidad social adquirirán mayor sentido y relevancia, a condición de que se observen inmersos en su contexto.

Vale insistir que la mirada de ellos, recogida a través de su voz, ha estado bastante ausente de estudios académicos. También se carece de estudios longitudinales, necesarios ahora que ya contamos con segundas o terceras generaciones de callejeros.

En los cruceros se encuentran adultos y menores de diversos tipos, de diverso grupo étnico, que realizan funciones similares e interactúan de manera constante y, algo que es cada vez más frecuente y preocupante: grupos familiares en las esquinas, en ocasiones apenas parte de una familia desintegrada o en ese doloroso proceso; la punta del iceberg de una problemática social que toca lo económico, lo cultural, lo educativo, lo humano, la salud, etcétera. En su conjunto, son ejemplo perfecto de los resultados perversos, en el sentido de Boudon (1980), de las políticas económicas, las políticas sociales y asistenciales, seguidas en nuestro país, así como también de la estupidez o incapacidad profesional y de la insensibilidad social.

Desde la calle, en el crucero

Se dice —y con razón— que familia, partido, fábrica, iglesia, cárcel y manicomio, escuela u hospital, son todos espacios sociales privilegiados para analizar la producción, transmisión y reproducción tanto de la cultura como de la dominación (Azaola, 1990:17).

Si Azaola atribuye a una mirada extraviada, parafraseando el título de su libro, observar y analizar las correccionales desde dentro, resulta un recurso intencional y privilegiado poder acceder a espacios cerrados —o relativamente cerrados— para desde ahí analizar a la sociedad. Existen otros

¹⁰ A la que habría que incluir el contexto social que favorece —por decir lo menos— la aparición y mantenimiento de estas manifestaciones y que, en última instancia, es la realidad social sobre la cual se pretende incidir (cfr. Azaola, 1990).

El Caracol / César Báez



espacios sociales en los cuales también es posible observar, al menos inferir, muchas de las condiciones de la sociedad que “crea” esos espacios, en el mismo sentido que “analizar una institución supone, a la vez, analizar el sistema de referencia, es decir, el conjunto de las fuerzas sociales que implícita o simbólicamente operan en ella y nos remiten al sistema social en su conjunto” (Azaola, 1990:18).

En este mismo sentido, el crucero puede verse también como un espacio social privilegiado para el análisis, que toma la calle como la perspectiva, como el punto *desde* donde otros sujetos sociales miran su ciudad, el mundo.

Es ahí, desde ahí, donde me sitúo y sitúo a los actores para dar voz a algunos testimonios de ellos. El supuesto de partida consiste en que el crucero es un espacio social que nos remite, para su explicación, caracterización y simbolización, al sistema social que lo engendra.

Estos niños tienen conciencia de quiénes son, de que son vistos de otra manera, de que su actividad en las calles es trabajo; incluso, de cierta resignación a hacer lo que hacen y donde lo hacen. En el siguiente testimonio se puede observar:

Sí, aquí trabajo desde hace mucho mairo, con lo que saco ayudo a mi mamá y hermanos, también compro cosas que yo gusto para mí. Sí, sí es trabajo, no es como otros, aquí trabajo más, a veces menos, pero si quiero ganar pus tengo que venir a trabajar; antes me iba más a jugar con los mairos de MAMA, ahora nada más voy a hacer la tarea y voy a la escuela y trabajo, si trabajo aquí todos los días, es que nosotros somos pobres y con este trabajo nos ayuda a vivir a sacar dinero [Entrevista por R. Fletes, diciembre de 2001].¹¹

Otro más:

Todo mundo cree que somos unos ladrones [...] fijate un día yo sin acá, sin mala onda, estaba viendo una moto que estaba estacionada y tenía encima un casco de esos bien chidos ¿no? y pues yo nomás lo estaba viendo, cuando pasa una doña con sus chavos y les dice que miraran, que así es como empezaba uno y luego se convertía en un ratero, porque le daba a uno por agarrar lo que no es de uno ¿te imaginas qué gacho? No es lo que acá, que uno se la dé de muy digno, sino que ¡chale! se pasan y luego pos yo me dije, inche vieja verá que más de rato deveras me la voy a chingar pa que se le quite andar de ociconca ¿no? porque a lo mejor sí es uno eso que dicen, pero no es pa' que se lo restreguen a uno en la cara (Rodríguez, 1995:142-206).¹²

En este testimonio, el estigma y la conciencia del estigmatizado afloran, la reacción de este último se torna coraje. Además, los menores callejeros sirven de modelo referencial de lo que “no debes ser”, de lo que hay que evitar.

A este respecto, Goffman es muy claro:

Aunque se puede argüir que los procesos de estigma parecen tener una función social general —la de conseguir una ayuda para la sociedad entre aquellos que no son ayudados por ella— [...] la estigma-

¹¹ Se trata de un adolescente de 14 años de alguna etnia del centro de México; lo entrevisté en la Plaza Tapatía de la ciudad de Guadalajara, vendía chicles. Mencionó que tenía como unos cuatro años trabajando ahí. MAMA es un ONG que trabaja con niños y niñas. Mairos es una forma de referirse a los educadores de calle.

¹² Testimonio recogido por Luis Rodríguez, como parte de sus tesis de licenciatura en Sociología por la Universidad de Guadalajara.

tización de aquellos que presentan malos antecedentes morales puede funcionar claramente como medio de control social formal [1993:161].

En el último testimonio, el callejero es el ejemplo concreto que utiliza la madre frente a su hijo, para ejercer una normatividad; nada menos que el mecanismo de control social captado y verbalizado por el propio callejero, en el momento mismo que está siendo introyectado al menor por parte de su madre. Lo que también se puede ver es una expectativa social que está siendo reforzada por la persona que usa al callejero como ejemplo del ratero en potencia, por el hecho de estar en la calle. Por otro lado, en ambos testimonios se asumen como pobres, trabajadores o posibles rateros, es decir, asumen el estigma.

Si las instituciones familiares, eclesiásticas, escolares, etcétera, tienen por objeto producir un determinado tipo de sujeto, entonces los menores —y adultos— que pasan la mayor parte del día en el crucero son el tipo de sujeto que no se desearía social e idealmente. Representan aquellos que escapan al proyecto social dominante. Su estigmatización se traduce en la función normativa para ciertos actores sociales, en el sentido enunciado por Goffman líneas antes.

Otro testimonio que llama la atención es el de un agente institucional:

Hablar de esos chavos [los callejeros] es ¿cómo te diré?, es como hablar con mariguanos, como con gente que no tiene objetivos en la vida, viven así, al día, así es, lo demás les vale madre. No los puedes controlar, son bien difíciles [entrevista por Ricardo Fletes, 12 de enero de 1996].¹³

La opinión de este profesionista dedicado al trabajo directo con callejeros llama la atención, pues se preocupa más por controlarlos; él mismo parece tener una actitud estigmatizante y carece de una actitud comprensiva hacia los sujetos con los que trabaja; atribuye características negativas al callejero.

¹³ Se trata de un educador de calle, que laboraba en el entonces programa MESE del DIF Jalisco. Refirió tener alrededor de seis meses de experiencia en el trabajo con niños callejeros.

Ahora, otros testimonios que nos indican en parte la forma en la cual son percibidos los programas que atienden a los menores:

No pos no hay pedo, si, unos mairos te acá hacen el paro, no pos chido ¿no?, otros te hacen el paro en otra cosa, que acá con la escuelita, con el refin. Ya sabemos que los del DIF se mochan con despensas pa las jefas, y pos como que acá ni modo de que no, niguas, si hay quebrada pos órale, con lo que nos dan todos pos órale ya nos alivianamos y ni se crea que nos dan acá muchote, lo que sí está chido son los paseos, esos sí, la neta, eso sí (entrevista por Ricardo Fletes, febrero de 1996).¹⁴

Lo que al parecer percibe este niño son el conjunto de apoyos u oportunidades concretas, más allá de los objetivos de reintegración o educativos que los programas refieren impulsar a partir de las actividades que realizan con estos menores. Lo más importante para este menor son las actividades recreativas; además, sabe que los diversos programas ofrecen diferentes cosas, los programas “hacen el paro”, ayudan. Además este menor establece una valoración, para él “no dan mucho” los programas. ¿Qué es entonces lo que este menor desearía que los programas le ofrecieran? Esta fue su respuesta:

No pos la neta que lo que den es bueno, no pos que sigan dando acá las despensas siempre, no que al medio año se la quieren quitar a la jefa, al cabo el gobierno tiene lana, no pos cada ratota que se roba la lana, mejor acá pos pa los jodidos ¿no? pos si que ondas, también que acá se alivianaran con más paseos, con eso ¿no? ¿de los mairos? de neta que las mairas del DIF se clavan acá [risas], de neta como si fuéramos morritos acá, no pos con eso [*ibid*].

Las actividades lúdicas siguen llamando la atención de este menor (como a cualquier otro niño). Los programas son percibidos como entes donantes de satisfactores. Los mairos o educadores de calle aparecen con una tarea indefinida. Fuera de la entrevista, el menor hizo referencia a “jueguitos” en los que quieren que participen.

¹⁴ Se trata de un menor de 13 años que, al momento de la entrevista, trabajaba en el crucero de Federalismo y Ávila Camacho. Refirió que tanto los del DIF, como MAMA los llevan a pasear.



El Caracol / César Pérez

Al preguntarle a otro niño acerca de las diferencia que veía entre “mairos” de diferentes programas, respondió:

Los del mairo Rogelio son más alivianados, no sé cómo decirle mairo, los del DIF pos la mayoría son viejas o sea mairas y sí se pone chido el cotorreo con ellas pero, la neta, nos quieren abrir de la calle, la calle es libre, así que nomás les seguimos el cotorreo. Los de MAMA como que me la llevo chido, siempre te hacen paros chidos, quieren que estudiemos, no le sacan al parche. Ah, unas mairas del DIF están re buenas. El mairo Rogelio lo conozco desde que yo era morrillo, antes había más mairos, siempre acá con sus barbas, nos tira unos chorotes y también acá se los tira a la ley, al gober, ese mairo no le culea con nadie [entrevista por Ricardo Fletes, mayo de 1997].¹⁵

Por un lado, destaca la presencia de la figura de un educador de calle o “mairo”,¹⁶ por otro, la solidaridad es percibida por parte de los educadores

¹⁵ Se trata de un adolescente de 15 años. La entrevista estuvo plagada de interrupciones por parte de otros niños, además, la risa le ganaba frecuentemente.

¹⁶ Rogelio Padilla, actual director y fundador de MAMA, A. C. (Movimiento de Atención al Menor Abandonado), trabaja con este tipo de niños desde el año de 1982. En el mundo de la calle resulta una referencia obligada.

de MAMA, mientras que la figura femenina de las educadoras del DIF es percibida desde una perspectiva machista, “están re buenas”, además, asociadas a la pretensión de quitarlos de la calle. La respuesta de los menores es “seguirles el cotorreo”. Lo que constituye una forma de respuesta adaptativa a lo que el DIF ofrece, a través de ellas, y obtener los beneficios. Aquí hay un punto central que puede servir para analizar cómo son percibidos los agentes institucionales del DIF y de MAMA, y si esta forma de percepción corresponde al espíritu de las acciones que emprenden.

Nel, nel, mairo, ésta es nuestra casa, nosotros la vivimos hace ya un buen de rato, cómo que acá, que nos quieren abrir, ni madres mairo, digo, yo sé que usted no nos quiere desafanar pero para que les diga a los del DIF, a los tiras que no se claven, no le hacemos mal a nadie, nada más queremos aquí este rinconcito para pasarla chido, es nuestra casa, ni madres que es de quién sabe quién, es de nosotros, han de querer el terreno para alguna onda acá, mejor que nos la dejen a nosotros, que nos la limpien y nos traigan ropa limpia, camas y si se puede algo de comida, nosotros sí la hacemos nada más que nos alivianen un poco; estamos jodidos, somos acá chemos y tonchos pero tranquilotes, aquí no hay pedos de acá de nada, no le hacemos mal a nadie, somos locos pero tranquilos, así tranquilocos (entrevista por R. Fletes, diciembre de 2001).¹⁷

De nuevo, la institución aparece como un ente dotador de “alivianes”, ropa, limpieza, comida; sienten la amenaza de la expulsión de ese espacio, se quejan de la policía, asumen su condición de locos tranquilos, tranquilocos. Difícilmente se puede decir que los testimonios reflejan una perspectiva de cambio gracias a la acción de las instituciones y sus agentes, los educadores. Antes bien, parece que los asistidos ya se han acostumbrado a serlo y a sobrevivir de esa condición, incluso aprovechándola a su favor.

Por otro lado, los educadores de calle también forman parte de los que viven, de otra forma, en el mundo de la calle; en ese mundo son conocidos como “mairos”; uno de ellos refirió al inquirirlo acerca de cómo se sentía en su trabajo:

¹⁷ Se trata de un joven de 17 años, drogado al momento de la entrevista, habitante de una casa abandonada muy cercana al centro de Guadalajara; acompañado de otros dos adolescentes que asentían a lo que él decía: “sí, sí, no somos clavados; sí, que nos alivianen; la casa es nuestra”.

Tú sabes mejor que yo cómo están las cosas aquí, pero ya que me preguntas te puedo decir algunas opiniones mías. Lo primero es la adaptación a este trabajo, porque te desmoraliza tanta mala onda que les pasa a estos chavos, a veces no puedes aceptar la mala suerte de ellos, de sus familias, la verdad de su pinche pobreza [...] Lo que hacemos nosotros es bien poquito, porque lo que ellos necesitan es mucho, pero yo me he fijado que los chavos y las ñoras lo aprecian mucho. O sea eso es lo segundo, ya que le agarras la onda al trabajo con los chavitos la cosa es otra, lo primero fue que te sacas bien mucho de onda y te agüitas, hasta te enfermas. Bueno, pero lo que sigue es que te vas dando cuenta de lo que te platican y estudias en la escuela y hasta lo que ves en el curso de inducción, para entrarle al DIF, y su relación con la realidad y todo esto es otra cosa bien diferente. Sí nos sirve lo que nos dicen, sobre todo en el curso de inducción, también en la facultad (psicología), pero a la hora de la hora, ni qué Freud o Rogers o el que quieras. Las teorías, la neta, son eso, ¿cómo las aplicas en la calle con estos morros? Está canijo, ¿no crees? [...] Lo tercero es la bronca con los tiempos que te pone la institución, eso sí parece que lo hacen en el escritorio, se ve muy bien cuando lo explican, pero hasta para llenar los expedientes es un cuete, ahora para lograr la empatía en un número de semanas equis, no pos ni que fueran papitas. Sí, hay veces que no tienes problemas con los chavos y los adultos, pero eso ya deveras lo aprendes en la calle y con los mairos que tienen más colmillo. Lo cuarto es que tienes muchas satisfacciones, pensándolo bien, tienes poquitas pero muy grandes. Eso es lo que te anima a seguir aquí, porque el salario está jodido para el trabajo que hacemos, los riesgos, bueno, esas son cosas que tú ya sabes (entrevista por Ricardo Fletes, febrero de 1997).¹⁸

En este testimonio podemos ver la actitud de lástima hacia estos menores, por parte del educador de calle; a la vez, un esfuerzo por ligar sus conocimientos previos, de su formación como psicólogo, al contexto de los callejeros. Se aprecia la tensión que causa en él la serie de lineamientos institucionales y su poca conexión práctica con el abordaje del callejero. Finalmente, la crisis también afecta a estos trabajadores de la asistencia social, traducido en los bajos salarios, al que se le debería sumar la condición real de un trabajo de alto riesgo.

¹⁸ Educador de calle con una experiencia de trabajo entre seis meses y un año. En ese entonces, pasante de psicología. En cuanto al salario, a la fecha, la situación no ha cambiado.



Para cerrar

Los testimonios han mostrado que niñas y niños de la calle están situados entre el estigma y la asistencia; esta última, parece más bien asistencialismo, si la vemos desde la perspectiva de la percepción de quienes la reciben. Pareciera que los programas no hacen sino confirmar o certificar el estigma del estigmatizado, más que sacarlo de esa condición. Como refiere Freire:

No tenemos duda alguna de que, cada vez más, a partir del análisis científico que debemos hacer, cambiaremos visiones provisorias e ingenuas en relación con el fenómeno de los niños de la calle [Unicef, 1987:16].

Falta un esfuerzo de nuestra parte para dar a conocer aspectos y puntos de vista sobre los callejeros que, eventualmente, lleguen a contrarrestar los mitos y visiones amarillistas, prejuicios y actitudes de discriminación sobre los sujetos que encarnan este fenómeno social, pero también una apertura de OG y ONG para analizar sus acciones a la luz de testimonios como los expuestos.

Los testimonios, si se leen con ojo crítico y constructivo, son de enorme utilidad, pues ponen en evidencia las dificultades y limitaciones para aplicar los programas. Estos menores ponen su atención en las actividades concretas dirigidas hacia ellos, en la presencia de un educador de calle con características de liderazgo y con permanencia, tal vez valga inferir, solidaridad. Por su parte, la figura femenina —las “mairas” — no está exenta de una visión machista, no parece percibirse como persona dedicada a apoyarlos, es algo que deben tener en cuenta los programas: la visión sexista de los menores, por un lado, y la percepción de que ellos los quieren “desafanar” (retirar) de la calle, por el otro.

Los problemas de los educadores de calle o “mairos” permiten destacar las diferencias entre lo que se planea y lo difícil del contacto en la calle, con los menores. Inclusive, el llenado de formatos de informes causa dificultades. La cuestión económica no es un tema que deba desdeñarse. Una preparación específica, dirigida al desarrollo de habilidades para enfrentarse al mundo de la calle, parece más que justificada.

La estigmatización que sufren los callejeros exige, incluso, una campaña institucional que inhiba dicho fenómeno; es decir, que reme contra la corriente de la opinión pública que se inclina por dicha actitud, pues desde ahí se está alimentando el germen de la intolerancia. El paso siguiente, en una supuesta proyección negativa de esa opinión, será pedir cárcel para todo aquel que busque en la calle su sustento. Por contraparte, la respuesta de los callejeros es de coraje al ser claramente “usados” como referentes negativos, lo que puede llevar a enfrentamientos cuya base sea la revancha o la venganza. Son actitudes que hay que contrarrestar. Lo que resulta inaceptable es el hecho de que un educador de calle estigmatice a estos menores, los valore negativamente; esto llama la atención sobre los procesos de selección de los programas.

La conciencia de los que desempeñan una actividad en las esquinas, en la calle, es muy clara; para los callejeros es trabajo y ése es el espacio que se han ganado en la ciudad. Es importante tener en cuenta esta percepción al momento de abordarlos directamente. De otra forma, sienten que los agentes institucionales los tratan de alejar, no de un espacio que implica riesgos de salud y verdaderos peligros físicos, sino de su lugar de trabajo.

Sin duda, los testimonios de los menores y de los agentes institucionales son más ricos que el análisis aquí realizado. Lo que traté fue de presentarlos



El Caracol / César Pérez

como evidencia de su forma de percibir y percibirse desde la calle, darles voz como seres activos y reactivos frente a los programas institucionales. Estos últimos, provengan de organismos gubernamentales o no gubernamentales, deberán tomar en cuenta su visión; de ello depende, por lo menos en parte, una comprensión más efectiva y, en consecuencia, una reorientación de los programas para lograr un mayor impacto.

Bibliografía

- Atilano Uriarte, María (1995), *Menores de la calle: ¿común o extraordinario? Una reflexión en el camino*, DIF-Jalisco, México.
- Azaola, Elena (1990), *La institución correccional en México. Una mirada extraviada*, CIESAS/Siglo XXI Editores, México.
- Boudon, Raymond (1980), *Efectos perversos y orden social*, La red de Jonás, México.
- Bourdieu, Pierre (1991), *El sentido práctico*, Taurus, Madrid.
- De Mause, Lloyd (1982), *Historia de la infancia*, Alianza Universidad, Madrid.
- DIF-Jalisco (1988), *Manual de organización. Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia Jalisco*, DIF-Jalisco, México.
- El informador*; reportaje especial "Los niños de la calle", Guadalajara, Jalisco, 29 de enero de 1995.
- Fletes Corona, Ricardo (1995), *A propósito de niños callejeros*, El Colegio de Jalisco, México.
- Goffman, Erving (1993), *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu, Buenos Aires.

- Hammersley, Martyn y Paul Atkinson (1995), *Ethnography. Principles in practice*, Routledge, Londres.
- Jolly, Richard y Andrea Corina (1984), *Efectos de la recesión mundial sobre la infancia*, Unicef/Siglo XXI Editores, Madrid.
- Marcus, George E. y Cushman, Dick E. (1992), “Las etnografías como textos”, en C. Geertz, J. Clifford y otros, *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Gedisa, Barcelona, pp. 171-213.
- Memoria 1983-1988, Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia, DIF-Nacional, México.
- “Menores de y en la calle: la magnitud del problema en la Zona Metropolitana de Guadalajara, 1995”, Universidad de Guadalajara/DIF-Jalisco/Centro Mairo Don Bosco, junio de 1995, Guadalajara, México.
- Miramontes, Olivia (1979), *Testimonio, presencia, resultados 1992-1995*, Gobierno de Jalisco/Sistema DIF Voluntariado Jalisco, México.
- Nisbet, Robert; Thomas S. Kuhn; Lynn White *et al.* (1979), *Cambio social*, Alianza Universidad, Madrid.
- Ornelas Delgado, Jaime (1995), “Algunos efectos sociales del neoliberalismo en México”, en *Papeles de población*, núm. 8, julio-septiembre, UAEM, Toluca.
- Pozos Ponce, Fernando (1995), “Editorial”, *Revista Espiral*, vol. II, septiembre-diciembre, número 4, Universidad de Guadalajara, México, pp. 9-13.
- Rodríguez Castillo, Luis (1995), “Ver desde la calle: estigmas y significatividad del mundo cotidiano de la vida en menores trabajadores en la calle”, tesis de licenciatura en sociología, Universidad de Guadalajara.
- Secretaría de Hacienda y Crédito Público, *Plan Nacional de Desarrollo 1995-2000*, México.
- Secretaría de Salud, *Evaluación del Plan Nacional de Acción en Favor de la Infancia 1990-2000*, México.
- Sonntag, Heinz R. (1994) “La globalización de la economía y las políticas sociales y laborales”, en Carlos Contreras Quina, *El desarrollo social, tarea de todos*, Comisión Sudamericana de Paz, Seguridad y Democracia, Caracas.
- Unicef, *Estado mundial de la infancia*, Unicef (ediciones 1987, 1988, 1992, 1999, 2000), Nueva York.
- (1987), *Paulo Freire y los educadores de calle. Una aproximación crítica*, Unicef/Editorial Gente Nueva, Bogotá.
- UNRISD (United Nations Research Institut for Social Development) (1995), *Estados de desorden*, UNRISD, Reino Unido.
- Valencia Lomelí, Enrique (coord.) (1996), *¿Devaluación de la política social?*, El Colegio de Jalisco/UAM-Xochimilco/ITESO/Universidad de Guadalajara, *et al.*, México.